

Discurso del Dr. J. Joaquín Izquierdo, al tomar posesión de la Presidencia de la Academia para el año de 1946

Al dar grato cumplimiento a vuestro mandato, que me otorga el señalado honor de serviros en las funciones de presidente de nuestro instituto durante el año de labores que hoy se inicia, séame permitido que con mis primeras palabras rinda un homenaje de gratitud y respeto a los señores académicos, en su mayor parte ya desaparecidos, que el 20 de junio de 1920, tras de verme pasar por las imprescindibles horcas caudinas del tiempo, me acogieron en su compañía, a pesar de que aun no contaba con los años de ejercicio profesional exigidos por su reglamento.

En la sesión de mi ingreso, que se me antoja que fué ayer (1) por más que computada en el tiempo resulte ya lejana, la convicción de mi falta de méritos para alcanzar la distinción recibida, me llevó a reconocer que la benevolencia usada para conmigo era tan sólo por alentar mis aficiones por la fisiología experimental.

Dije entonces (*loc. cit.*) "que nuestro país todavía no se contaba entre aquellas felices naciones en donde, como dijo Cajal, fortalecida la ciencia por la tradición, no ha menester, para ser objeto de culto ferviente y abnegado, del empleo de enérgicos estimulantes," y expliqué que por ello, "en nuestro medio, acostumbrado al utilitarismo inmediato, la Fisiología no hubiese sido cultivada como se lo merecía." Volviendo los ojos al pasado, hice notar que sorprendía que a pesar de haber llegado a desarrollarse con vigor, la filosofía positiva, en México, con ello no hubiese resultado beneficiada la enseñanza de una ciencia tan netamente experimental como la Fisiología. Pero reconocí que había sido imposible que las cosas ocurriesen de otro modo, ya que en el pasado, ninguno de los desaparecidos miembros de la Sección de Fisiología de la Academia había llegado a salir del plano de la pura especulación mental, ni a observar ningún fenómeno fisiológico, ni mucho menos a modificar, en el curso de un experimento, alguno de los factores de que depende su producción.

(1) Izquierdo, J. J. 1920. Discurso al Ingresar a la Academia. Gaceta Médica de México. T. lv, 4a. Serie I, pág. 350.

Para realzar la necesidad de que en México llegáramos ya a contar con investigadores originales, abogué porque “abandonando la región de los principios filosóficos y de los métodos abstractos, y la fría y dominante tendencia de ver por las reglas, antes que por las ideas, descendiésemos ya al dominio de las ciencias particulares y al terreno de la técnica manual e instrumental, indispensable para el proceso inquisitivo” (Ibid). Eran los momentos en que empezaba a colaborar con el señor doctor Ocaranza, “dando con él los primeros difíciles pasos de la nueva etapa que debía iniciar la ciencia fisiológica en México” (Ibid), y por corresponder al estímulo generoso que recibía de la Academia, para seguir un estudio, muy hermoso, pero que entonces bien pude calificar de “desprovisto de inmediata utilidad para la lucha por la vida,” prometí trabajar con humilde esfuerzo, y procurar ser siquiera un obrero de la ciencia, a la que en frase juvenil declaré amar y querer seguir, recordando que el inmenso Serveto la había igualado a la virtud y aun declarado la primera de las virtudes (Ibid).

Todo esto quedó impreso en nuestra *Gaceta*, para más confundirme en esta ocasión, en la cual, al recibir una distinción todavía mayor de vosotros, quizá debiera empezar por rendir cuentas del grado en que haya podido dar cumplimiento a los propósitos expresados con motivo de mi ingreso.

Sin embargo, como creo, con Pascal, que **el yo es odioso** (2) por más que lleguen a dedicársele libros egolátricos, buscando darle relieves por contraste con las debilidades y vicios, reales o inventados, de los demás, en vez de seguirme ocupando de tan molesto personaje, me limitaré a implorar vuestra benevolencia, por haber considerado indispensable referirme a él en lo que antecede, para dejar constancia de la doble gratitud a que me siento obligado para con nuestra Academia.

El honor que hoy recibo al hacerme cargo de la presidencia, se acrecienta de modo considerable por el hecho de tomarla de manos de mi ilustre amigo el señor doctor don Abraham Ayala González, clínico de legítimo espíritu hipocrático y cirujano habilísimo y de amplia visión, que debe a que antes que cirujano, trabajó empeñosa e inteligentemente por hacerse médico.

(2) Pascal, B. *Pensées*. Texte de Leon Bruschi. Edition Lutetia. Paris, Nelson Editeurs. Section VII, 455, p. 238.

Profundamente reconocido a todos, prometo corresponder esmerándome en el cumplimiento de mis nuevas obligaciones, cuyo desempeño va a resultarme grandemente facilitado, tanto por la eficiente, desinteresada e importante colaboración de nuestro secretario perpetuo, como por el placer que voy a recibir al poder contemplar más de cerca y de manera más sostenida, las luces de los trabajos con que dáis vida y prestigio a nuestro instituto.

Cumplida la grata tarea de ofrendaros mi agradecimiento, me voy a permitir invitaros a que, por breves momentos hagamos un alto para lanzar una mirada retrospectiva del camino que lleva recorrido nuestra Academia, considerar el punto a que ha llegado, y decidir sobre lo que le convenga hacer en el futuro.

Los primeros intentos para llegar a constituir en México una Academia de Medicina, fueron iniciados en 1825, por el mismo grupo de profesores que entonces deseaba fundar una Escuela de Medicina; renovados, hacia 1830, por otro grupo que celebraba sus sesiones en el edificio de la Universidad, y reiterados en 1833, por los profesores del flamante Establecimiento de Ciencias Médicas (3, ii, 342). Pero no fué sino hasta 1836, cuando quedó inaugurada la **Primera Academia de Medicina de México**.

Se propusieron sus fundadores, crear "un centro del que pudiesen salir algunas luces médicas y extenderse sobre su patria, tanto tiempo separada de la Europa" (4, p. 7), que fuera una verdadera "consulta periódica de médicos sobre una numerosa colección de hechos, bien escogidos y sometidos a la discusión de cada uno, o a lo menos puestos en conocimiento de todos," con el propósito, "no de formar un cuerpo de doctrina, sino de traer su tributo, su contingente, a la ciencia, sea con el designio de confirmar la teoría, sea para dar a conocer hechos, procedimientos nuevos y útiles." Es muy de admirar que, entre las tareas que se impusieron, hayan estado las de "dar observaciones exactas y escrupulosas de enfermedades ya conocidas en los anales del arte, de tratar de las epidemias locales o generales, y de manifestar las substancias médicas conocidas o no, usadas o no, que la Botánica Mexicana encierra en su seno" (Ibid, p. 8).

(3) Flores, F. A. 1886. *Historia de la Medicina en México*. México. de Galván, dirigida por Mariano Arévalo. Calle de Cadena núm. 2.

(4) *Periódico de la Academia de Medicina de México*. 1836. Imprenta

Sin embargo, apenas había iniciado sus trabajos la Primera Academia, cuando tuvo que suspenderlos, para no reanudarlos sino hasta noviembre de 1838, y eso tan sólo hasta 1841, año en que desapareció. Pretendió sustituirla la respetable primera **Sociedad Filoiátrica**, pero su vida también fué muy corta.

Una segunda **Academia de Medicina**, inaugurada el 30 de noviembre de 1851, publicó un periódico que no he llegado a ver, continuado, en 1856 y 1857, por otro llamado **La Unión Médica**.

La tercera **Academia de Medicina**, nació de la Sección Médica de la Comisión Científica, en 1862, pero habiéndose separado de ella, se reunió por primera vez, como sociedad independiente, en abril de 1864, y en septiembre del mismo año, empezó la publicación de nuestra **Gaceta Médica de México**. A juzgar por lo escrito por el doctor Ehrmannn, su primer presidente y por el doctor Jiménez, encargado de sus publicaciones, los fundadores de esta tercera Academia trabajaron activa y regularmente, "con el entusiasmo a que daba origen la amenidad de sus reuniones" y sintiéndose "en el deber y con las condiciones favorables para satisfacer la necesidad de popularizar las ciencias, y en especial la Medicina, por medio de publicaciones periódicas" (5, p. 1). Para 1866, esta Academia había logrado organizarse en forma tan segura, que ya pudo seguir viviendo sin interrupción, hasta convertirse en la **Academia Nacional de Medicina** de nuestros días.

Exactamente un siglo después de su primera precursora, es decir, en 1936, nuestra agrupación quedaba definida por su reglamento como "una corporación científica, consagrada al estudio y a la investigación en el campo de la Medicina, que, como órgano consultivo que es del Gobierno de la Nación, se ocupa, además, de resolver las consultas que éste le haga sobre los asuntos de su competencia" (6). Después de algunas modificaciones llevadas a cabo apenas hace poco más de un año, se agregó que la

(5) *Gaceta Médica de México*. 1865. Periódico de la Sección Médica de la Sección Científica. Tomo primero. 1864 a 1865. México. Imprenta de Andrade y Escalante. Bajos de San Agustín núm. 1.

(6) Reglamento número 17 de la Academia Nacional de Medicina de México. Año de 1936 (folleto).

Academia también realiza "actividades médicosociales en beneficio de la colectividad" (7).

Para decidir si las actividades que nuestro instituto ha desarrollado en el pasado y viene llevando a cabo en el presente, han sido o no las que eran de esperarse en una Academia, los datos que anteceden sobre el pasado y el estado actual de la nuestra serán suficientes. Sin embargo, para llegar a valorarlos debidamente, se hace indispensable que antes repasemos los factores que determinaron el origen y la evolución de las Academias, en el pasado.

Como es bien sabido, Marsilio Ficino (1433-1499) durante el Renacimiento, dió el nombre de **Academia Platónica** al grupo de jóvenes que reunía en su casa de Florencia para leer y comentar los diálogos del gran maestro de la antigüedad, reviviendo con ello una designación originalmente dada a los discípulos de Platón, en atención a que se reunían en el jardín de Akademos, en que este legendario héroe era venerado.

Para el siglo siguiente ya se daba el nombre de academias a otros grupos de estudiosos que no tenían ninguna relación con la filosofía, como el fundado en Nápoles en 1560, con el nombre de **Academia Secretorum Naturae**.

En el siglo XVII fué cuando surgieron las academias más gloriosas, al impulso de los anhelos de progreso de aquella revolución intelectual que, aunque tuvo más plena manifestación en esa centuria, tenía sus raíces en el Renacimiento, desde que había empezado a cambiar la actitud del hombre para consigo mismo, para con sus semejantes, y para con el mundo exterior, y los médicos se habían atrevido a dudar de la autoridad tradicional de los antiguos, y comprendido que era necesario buscar nuevos conocimientos con la ayuda de la observación y del experimento (8, p. 7).

(7) Reglamento número 18 de la Academia Nacional de Medicina de México. Año de 1944. Gaceta Médica de México. t. lxxiv, p. 543.

(8) Izquierdo, J. J. 1936. Harvey, iniciador del Método Experimental. Estudio crítico de su obra *De Motu Cordis* y de los factores que la mantuvieron ignorada en los países de habla española. Con una reproducción facsimilar de la edición original y su primera versión castellana. Ediciones Ciencia. México.

Las Universidades de entonces, ni comprendieron el nuevo espíritu de progreso, ni contaban con los medios necesarios para haberlo realizado. Carecían de laboratorios dotados de instrumentos y aparatos, de jardines botánicos, y de anfiteatros de disección. Los que como Paracelso (1493-1541) querían llevar a cabo alguna investigación, tenían que ir a las minas, o a los talleres de los artesanos. Las facultades de Medicina comprendían todavía menos las nuevas tendencias, porque eran enteramente diferentes de las de nuestros días, no pasaban de ser más que simples instituciones organizadas por el gremio de los médicos, al igual que las de los gremios de artesanos, tan sólo para transmitir el cuerpo de conocimientos y de habilidades de sus agremiados, conservadas con su más alta calidad posible, y contrarrestar toda posibilidad de competencia. Otras instituciones del siglo XVI, como el **Royal College of Surgeons**, de Inglaterra, la **Academia de Cirugía** y la **Sociedad de Medicina**, de París, lo mismo que los **Protomedicatos**, tampoco tenían funciones de enseñanza, sino que se concretaban a autorizar y a reglar la práctica médica.

Quienes organizaron las grandes academias del siglo XVII, fueron los hombres que ansiaban dedicarse a la nueva ciencia, y contar, para ello, con lugares de estudio y de trabajo adecuados, a los cuales pudiesen atraer a otros hombres, con el triple propósito de comunicarles sus entusiasmos, de asociarlos a sus trabajos, y de discutir con ellos sus problemas.

Galileo y un grupo de entusiastas, que tuvieron la visión de que llegarían a existir monasterios de hombres de ciencia que no fuesen monjes, y hermandades de sabios, que se repartirían en capítulos, por diversos países y ciudades, fundaron en Roma, en 1603 la célebre **Accademia dei Lincei**, que después de la condena de Galileo, en 1633, ya sólo pudo sobrevivir hasta 1657. Pero entre tanto, otros hombres, en gran parte discípulos de Galileo, y entre ellos, algunos tan distinguidos como Torricelli y Viviani, ya tenían fundada en Florencia, desde 1651, la igualmente célebre **Accademia del Cimento**.

En otra ocasión (*) ya me he ocupado de las influencias que ejercieron en Inglaterra, para despertar el interés por las em-

(*) Véase la nota 8.

presas científicas, los escritos de Francis Bacon (1561-1626), visionario, en su *Nuova Atlantis* (1626), de la "Casa de Salomón", organizada para la investigación en forma que no ha llegado a ser realizada ni en nuestros días. Era la época en que William Harvey (1578-1657), sin llegar a ejercer parecidas influencias, estaba ya poniendo en ejecución y logrando valiosos resultados, con ayuda de los nuevos métodos propuestos por Bacon. Desde 1645, se empezó a reunir en Londres un grupo de entusiastas discutidores de la "filosofía experimental", que se calificaba a sí mismo de "Colegio Invisible", que después de 1648 cambió el sitio de sus reuniones a Wadham College, de Oxford, y tras de recibir unos estatutos, en 1662, empezó a entregarse a la práctica de numerosos y variados experimentos, que repetía durante sus reuniones, cuando ya llevaba el nombre de **Royal Society** y tenía adoptado el lema de **Nullius in Verba**, para indicar que no estaba por las palabras, sino por los hechos. Sus famosas **Philosophical Transactions**, que son el periódico científico más antiguo que existe, empezado a publicar en 1664, debe ser considerado como una magna crónica de la historia de la ciencia, desde que se inició la época del método experimental.

En Francia, la **Académie des Sciences** fué fundada por Colbert, en 1666, pero en los demás países de Europa, la fundación de otras academias no tuvo lugar sino hasta después de la primera década del siglo XVIII. Hacia dicha época, ya empezaban a abrir sus puertas a la investigación muy contadas universidades, como la de Goettingen, cuya Facultad de Medicina tuvo el acierto de atraer a su seno a varios brillantes jóvenes, y entre ellos, al gran Haller (1708-1777).

Pero no fué sino ya avanzado el siglo XIX, cuando las demás universidades empezaron a reorganizarse y a entrar por el camino que habría de llevarlas a lo que han llegado a ser: grupos de hombres animados por los mismos propósitos de trabajo que habían dado origen a las primeras academias.

Por haber sido fundada hacia esta época, nuestra primera Academia podría pensarse que ya no le hubiera correspondido ocuparse de las tareas que motivaron la creación de los institutos similares del siglo XVII, pero se ve desde luego, cuán falsa sería

tal suposición, si se considera que al finalizar el primer tercio del siglo XIX, la Universidad de México venía viviendo con considerable retraso, particularmente con relación a las ciencias médicas y biológicas (9, p. 141) y estaba todavía a considerable distancia del momento en que llegaría a organizarse de acuerdo con los anhelos del progreso enunciados desde hacía dos siglos.

Nuestra primera Academia, en cambio, sí se inspiró en ellos y supo expresarlos con gran claridad y acierto en las frases antes transcritas, al proponerse dar a conocer hechos y procedimientos nuevos, observaciones exactas y escrupulosas, e investigar los principios activos de las plantas mexicanas.

Ni entonces, ni después, ha llegado a contar nuestra Academia con museos, laboratorios u hospitales destinados al ejercicio de sus actividades. En cambio, ha estado y está formada por individuos que se han distinguido como miembros de diversas instituciones, o de sociedades de especialistas, que en su mayor parte ellos mismos han fundado, para obedecer a los imperativos cada vez más apremiantes de la marcha del progreso del conocimiento. Consecuencia de esta feliz forma de integración, es que la Academia sea un campo de concentración al que concurren con sus mejores trabajos los hombres que marchan a la vanguardia del progreso científico en el medio patrio, en los campos de las treinta y siete secciones de que se halla compuesta la Academia.

De la mayor parte de estos trabajos puede decirse, con uno de los presidentes que me han precedido (10), que son "trabajos justos y serenos, que proporcionan a los médicos la información correcta y pertinente que han de menester para su debida orientación y mejoramiento de su actividad". Pero también los ha habido dedicados, tanto a problemas de ciencia pura, como a los relacionados con el bienestar de la colectividad, en cuyo servicio quedó creada desde hace diez años la sección de Medicina Social. Fiel a la tradición iniciada en 1836, la Academia ha seguido prestando especial atención a los problemas de interés nacional, que

(9) Izquierdo, J. J. 1934. Balance Cuatricentenario de la Fisiología en México. Ediciones Ciencia. México, D. F.

(10) Martínez Báez M. 1940. Discurso al tomar posesión de la presidencia de la Academia. Gaceta Médica de México, lxx, p. 634.

como lo decía atinadamente el doctor Ayala González en su discurso presidencial (11) deben ser objeto de una resolución también nacional. Con relación a tales problemas, la Academia siempre se ha mostrado particularmente celosa de cumplir con empeño su función de órgano de consulta de la administración pública, y aun en algunas ocasiones, de instituciones extranjeras.

Como muchos de los académicos han sido profesores de la Facultad, ha sido muy natural que con frecuencia se hayan ocupado de problemas relacionados con la enseñanza de la Medicina, ya sea para plantearlos, o para dar cuenta de la forma en que han contribuido a resolverlos (12, 13, 14). Paréceme, sin embargo, que este interés es tan elevado y de tan enorme trascendencia, que debería constituir uno de los campos de acción más fecundos de nuestra corporación, aunque extendido a las escuelas de Medicina de todo el país. Por lo mismo, mucho me sorprende que entre las secciones de la Academia, no hayamos llegado a incluir una especialmente dedicada a la enseñanza de la Medicina.

Otras muchas tareas por desarrollar se le irán presentando a nuestra Academia, al irse originando las nuevas condiciones a que pueda dar lugar el proceso evolutivo de la Humanidad, que no puede detenerse. Por el momento, será bueno apuntar que, en aquellos países en que la Medicina ha venido haciéndose cada vez más técnica, como resultado de que los estudiantes de Medicina vienen siendo preparados en forma científica que los hace pensar en los fenómenos fisiológicos, en los mismos términos de la física y de la química, ya empieza a recomendarse que también

(11) Ayala González A. (1944) Discurso con motivo de su toma de posesión de la presidencia de la Academia. *Gaceta Médica de México*, lxxiv, p. 649.

(12) Izquierdo, J. J. 1924. El espíritu y los métodos de enseñanza de la Moderna Fisiología. *Gaceta Médica de México*, lxi, p. 15.

(13) Izquierdo, J. J. 1940. Finalidades, origen, directivas, plan general y metodología de la obra "Análisis experimental de los fenómenos fisiológicos fundamentales". *Gaceta Médica de México* lxx, p. 151.

(14) Izquierdo, J. J. 1945. La defectuosa preparación en física y en química, de nuestros futuros médicos. *Gaceta Médica de México*, lxxv, p. 105.

se atiende al **factor humano**, que sobreagregado al conocimiento de los fenómenos que ocurren en los enfermos, es preciso conocer, para poder socorrerlos de manera eficiente. No hace mucho tiempo que nuestro distinguido consocio honorario, el doctor Sigerist (15) hacía hincapié en que este campo, por él llamado de las **humanidades médicas** y que comprendería la historia, la filosofía y la sociología de la Medicina, constituye una de las más importantes tareas que pueden tomar a su cargo las academias de nuestros días. Con satisfacción podemos decir que en lo tocante a historia y sociología de la Medicina, el nuevo campo ya ha empezado a ser trabajado por nuestra compañía desde hace años.

Por numerosos e importantes que sean los trabajos de nuestra Academia, es evidente que los beneficios que de ellos se deriven no deben circunscribirse a los académicos que concurren a las sesiones, sino que tal como lo reconoció la primera Academia, deben extenderse al mayor número posible de los médicos del país.

Nuestra **Gaceta Médica** ha sido la encargada de venirlo haciendo desde hace 82 años, con mayor eficacia, desde que viene apareciendo con mayor regularidad y es cuidada con gran esmero por nuestro secretario perpetuo (16). Sin embargo, soy de parecer que es de urgente necesidad llevar a cabo una campaña para asegurar a nuestro periódico un mayor número de lectores, lo cual, además de hacer que realmente llegue a la mayor parte de los médicos de la República, producirá a la Academia nuevos ingresos que contribuirán a remediar la gran escasez de recursos en que ha venido viviendo, y a la que en muy buena parte debe el no haber podido ensanchar su campo de acción, ni organizar debidamente su biblioteca.

Con ello quedarían sentadas, además, bases más sólidas para lograr el acercamiento y la comprensión de los médicos de los

(15) Sigerist, H. E. 1937. **Why Academies were founded**. Transactions of the College of Physicians of Philadelphia. Vol. IV. Supplement. p. 83.

(16) Pruneda, A. 1944. **El LXXX Aniversario de la Gaceta Médica de México**, t. lxxiv, p. 535.

Estados, que también me parece que debemos fortalecer creando en sus capitales pequeños núcleos formados por los médicos más destacados de cada localidad.

Termino, señores académicos y distinguidos delegados que nos honráis con vuestra compañía en esta primera hora de nuestro octogésimo segundo año de labores, con la expresión de mi voto ferviente por que nuestra Academia, consciente siempre de las honrosas tradiciones en que descansa, siga cumpliendo en el futuro, con sus deberes para con la profesión médica y para con la colectividad.